

EL PROBLEMA DE BERLÍN*

HENRYK GALL

INTRODUCCIÓN

El problema de Berlín es el problema de Alemania. La unificación de Alemania hubiera eliminado toda crisis en torno a Berlín. Dada la división permanente de Alemania, esta crisis no ha tenido remedio. Ya durante la guerra, en la conferencia anglo-americana de Quebec (14-26 de agosto de 1943), se desechó la idea de la partición de Alemania. Las fronteras entre las diferentes zonas de ocupación de este país no se pensaron como fronteras políticas permanentes. El que la línea de demarcación entre la Alemania oriental y la Alemania occidental se haya convertido en una frontera política permanente se debe, pues, no al concepto inicial, sino a la guerra fría y a la situación internacional de postguerra. Ninguna de las potencias victoriosas ha visto tampoco en el enclave berlinés una solución permanente. Si tal hubiera sido la solución, la Unión Soviética difícilmente habría permitido el estacionamiento de tropas occidentales en el corazón de la parte de Alemania colocada bajo su administración. Así, pues, tanto en Yalta como en Potsdam, los aliados pensaron en un Estado alemán único y consideraron la división en zonas de ocupación y la creación del enclave berlinés como una etapa transitoria.

Pero la realidad fue distinta. En el territorio del Reich se constituyeron dos unidades estatales, separadas y hostiles. La división transitoria se ha convertido en una solución política duradera. En consecuencia, el enclave berlinés ha perdido toda razón de ser, y —a pesar de los acuerdos y convenios

* *Nota del Editor.*—Interesará a los lectores, en un problema que cambia tan aceleradamente, saber que este artículo fue terminado por su autor el 10 de septiembre.

que garantizaban los derechos adquiridos— la ciudad de Berlín ha quedado señalada como lugar de grandes conflictos entre los dos mundos antagonistas de nuestra época. He aquí la causa de las llamadas crisis de Berlín.

Los rusos ven en la existencia del Berlín occidental una forma muy real de amenaza para la República Democrática Alemana y, por consiguiente, para la solidaridad del bloque comunista. Desde el punto de vista de los norteamericanos, la conservación del *status quo* en el Berlín occidental es un símbolo de la política de contener todo avance soviético y de demostrarle al mundo que los Estados Unidos cumplirán con las garantías dadas a sus aliados. Por eso, sin tener mucha importancia militar o económica, Berlín es para ambos bandos un factor político de enorme peso. Por eso, cada vez que surge la crisis de Berlín el mundo se ve al borde de la guerra. El peligro de guerra que emana de cualquier crisis de Berlín se explica también por el viejo dicho de Lenin, de que Berlín es la clave de Alemania y Alemania la clave de Europa, y por el siempre válido hecho geopolítico de que Europa —a pesar de haber perdido su posición internacional predominante— sigue siendo la clave del mundo. Ni Grecia, ni Corea, ni Indochina, ni Formosa, ni Laos han llevado el mundo a la guerra. Pero un conflicto en Berlín, en la vital frontera de los dos bloques antagonistas, podría fácilmente provocar el estallido de la Tercera Guerra Mundial, o sea una guerra nuclear entre las dos superpotencias mundiales, los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Por tercera vez se enfrenta el mundo al problema de la crisis de Berlín, o sea al problema de la paz o de la guerra. La primera crisis de Berlín, en los años 1948-1949, tuvo como causa el bloqueo del Berlín occidental por la Unión Soviética. La segunda crisis se originó en el discurso de Jruschov —pronunciado el 10 de noviembre de 1958 en el Palacio de los Deportes de Moscú—, en el cual el líder soviético exigió, dentro de un plazo de seis meses, la conclusión del tratado de paz con las dos Alemanias y la terminación del régimen cuatripartito en Berlín.

La actual crisis se inició hace algunos meses, cuando Jruschov, en el memorándum entregado al presidente Kennedy (Viena, 4 de junio de 1961), volvió a sus demandas de 1958 y declaró que si el Occidente se negara a firmar los tratados de paz con las dos Alemanias y a convertir al Berlín occidental en una "ciudad libre", desmilitarizada, la Unión Soviética firmaría un tratado de paz separado con la República Democrática Alemana y le entregaría a ella el control sobre el acceso de los aliados occidentales a Berlín. Sin embargo, las demandas hechas en 1958 por Jruschov, de poner fin a la ocupación cuádrupartita de Berlín y de firmar un tratado con las dos Alemanias en un plazo de seis meses, no salieron nunca de la esfera diplomática, es decir, no trajeron como resultado un nuevo bloqueo del Berlín occidental ni un cambio unilateral de la situación existente en la antigua capital alemana. Además, después del encuentro Eisenhower-Jruschov en el Campamento David, Moscú dejó de insistir sobre la solución del problema de Berlín en un plazo predeterminado. La actual crisis de Berlín, iniciada por el memorándum de Viena, empezó también en la esfera diplomática; sin embargo, casi inmediatamente, la Unión Soviética dio a entender que esta vez, al igual que en 1949, pensaba apoyar sus demandas en algo más tangible que la simple presión diplomática, lo cual causó una reacción por parte de los Estados Unidos. Así, poco tiempo después de la conferencia de Viena, Jruschov anunció que la Unión Soviética suspendía la proyectada reducción de sus fuerzas militares. Los Estados Unidos respondieron con la decisión de aumentar sus efectivos armados y de poner sus reservas en pie de alerta. Por otra parte, tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética decidieron aumentar sus presupuestos militares. Dos meses más tarde (12 de agosto de 1961), el gobierno de la República Democrática Alemana ordenó una separación completa de los dos Berlines, cerrando prácticamente todo el tráfico civil entre la porción oriental y la occidental. Para reforzar esta separación, el gobierno de Pankow situó tropas a lo largo de la línea de demarcación entre las dos mitades de la ciudad. Las tropas aliadas estacionadas en el Berlín occidental respondieron con las mismas

medidas, y así las fuerzas de los enemigos potenciales, dotadas de tanques y artillería, se encuentran cara a cara a una distancia de pocos metros y en un ambiente propicio a cualquier incidente de imprevisibles consecuencias.

La reanudación de las pruebas atómicas por parte de la Unión Soviética a principios de este mes,¹ la consiguiente decisión del presidente Kennedy de restablecer por parte de los Estados Unidos las pruebas atómicas subterráneas y de laboratorio, y la probabilidad de que, durante el próximo período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, los Estados Unidos reanuden asimismo las explosiones atómicas en la atmósfera, son factores que empeoran la peligrosa situación internacional creada por la tercera crisis de Berlín.

HISTORIA

La victoria de los aliados sobre la Alemania nazi puso fin a la existencia del gobierno central alemán. La administración de Alemania pasó al gobierno militar de las Cuatro Potencias victoriosas. La base jurídica de este gobierno militar fue la derrota de Alemania y la rendición incondicional de su último gobierno central. El proyecto de la administración militar de Alemania había sido elaborado ya durante la guerra por la Comisión Europea Consultiva (*European Advisory Commission*), la cual funcionó en Londres en los años 1942-1944. El 5 de junio de 1945, los cuatro comandantes proclamaron oficialmente la instalación del gobierno militar para toda Alemania;² basado sobre el proyecto de la Comisión Europea Consultiva. Alemania quedó dividida en cuatro zonas de ocupación: rusa, norteamericana, inglesa y francesa.³ Como gobierno central militar quedó constituida una "comisión de control", compuesta por los comandantes de las cuatro zonas de ocupación. Fuera de las zonas nacionales de ocupación, se creó en la ciudad de Berlín una zona internacional bajo la ocupación conjunta y el gobierno militar conjunto de las Cuatro Potencias. Lo singular de esta zona internacional es que la ciudad de Berlín quedó dentro de la zona de ocu-

pación rusa, a 160 kilómetros de las fronteras de las zonas occidentales de ocupación. El gobierno militar de la ciudad de Berlín tomó la forma de una junta de los cuatro comandantes de las fuerzas armadas estacionadas en Berlín; esta junta se ha conocido bajo el nombre de *Kommandatura*.

Mientras que desde el principio la "comisión de control" —o sea el gobierno militar central— fracasó en el cumplimiento de sus tareas —es decir, en la unificación económica—, el problema de las reparaciones, la desnazificación, la desmilitarización y la desindustrialización de Alemania, la *Kommandatura*, por su parte, desempeñó bastante satisfactoriamente durante los años 1945-1948 sus funciones de gobierno militar de la ciudad de Berlín.

La descomposición de la maquinaria gubernamental cuadripartita en Alemania se inició en 1948. El 20 de marzo de ese año, la Unión Soviética se retiró de la comisión de control, lo cual produjo la suspensión de las actividades del gobierno central militar de Alemania. La *Kommandatura* siguió funcionando en Berlín hasta varios meses después. Pero el 16 de junio del mismo año la delegación soviética se retiró también de ese organismo. La retirada de la Unión Soviética fue la señal de nuevos acontecimientos en la ciudad de Berlín. La primera crisis de Berlín estaba en el aire. De hecho, ya el 30 de marzo de 1948, más de dos meses antes de que la Unión Soviética se retirara de la *Kommandatura*, el comandante soviético de Berlín había informado a sus colegas occidentales que a partir del 1º de abril entrarían en vigor varias restricciones en la comunicación entre el Berlín occidental y las zonas de ocupación de los aliados. Estas restricciones comenzaron, según se hizo constar, con el expreso objeto de aislar al Berlín occidental y crear serias dificultades en el abastecimiento de los sectores occidentales de Berlín. La imposición gradual de nuevas restricciones, cada vez más severas, originó finalmente un bloqueo completo de Berlín occidental.

Las Potencias Occidentales protestaron contra estas restricciones, insistiendo en que Berlín no era parte de la zona soviética, sino una zona internacional de ocupación, que la Unión Soviética no tenía derecho de poner fin unilateral-

mente al régimen internacional de Berlín, y que los derechos de los aliados occidentales en esta ciudad se fundaban en la derrota y la rendición incondicional de Alemania y estaban confirmados, además, por acuerdos formales entre las Cuatro Potencias victoriosas. La actitud del Occidente se expresó en el intercambio de varias notas diplomáticas con la Unión Soviética. La Unión Soviética, por su parte, sostuvo que fueron las Potencias Occidentales las que destruyeron el sistema de la administración cuadripartita en Alemania por no haber llevado a cabo la política de desindustrialización, desnazificación y demilitarización de Alemania que se había convenido; por haber sacado el Ruhr del control de las Cuatro Potencias,⁴ y por haber introducido una nueva moneda, primero en sus zonas de ocupación y luego en los sectores occidentales de Berlín. El fracaso de todo el intercambio diplomático dio lugar a dos conferencias de los embajadores occidentales con Stalin y Molotov en Moscú. En estas conferencias se llegó a un acuerdo que, momentáneamente, pareció poner fin a la primera crisis de Berlín. El 27 de agosto de 1948, como resultado de las conferencias con Stalin y Molotov, las Cuatro Potencias formularon una Directiva en la cual se ordenaba a los cuatro gobernadores militares de Alemania abolir todas las restricciones sobre comunicación, transporte y comercio entre Berlín y las zonas occidentales.⁵

Cuatro días más tarde, el gobernador militar soviético, mariscal Sokolovsky, en la junta de los cuatro gobernadores, se negó a poner en práctica la Directiva de Moscú. A consecuencia de ello, las Potencias Occidentales pusieron en marcha el abastecimiento de la ciudad de Berlín por aire —el famoso *air lift*—, y simultáneamente llevaron el caso de Berlín ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Los debates sobre Berlín en la O.N.U. no tuvieron otro resultado que el de debilitar la Organización Internacional por no estar preparada para esa cuestión y carecer de instrumentos adecuados para el arreglo de los problemas resultantes de la guerra. En cambio, el éxito espectacular del “puente aéreo” influyó poderosamente sobre la actitud soviética. Así, el 12 de mayo de 1949 —después de varias pláticas entre el señor Malik y el

señor Jessup, representantes, respectivamente, de la Unión Soviética y de los Estados Unidos ante la O.N.U.—, las Cuatro Potencias llegaron a un acuerdo llamado Acuerdo de Nueva York, en virtud del cual la Unión Soviética y las Potencias Occidentales levantaron todas las restricciones impuestas hacía un año sobre los intercambios entre Berlín y la Alemania Occidental.⁶

El consejo de ministros de Relaciones de las Cuatro Potencias que se reunió en París pocos días más tarde (23 de mayo de 1949), sancionó el Acuerdo de Nueva York y convino en que el Berlín occidental no estaría sujeto a un nuevo bloqueo.

La primera crisis de Berlín acabó definitivamente con el gobierno cuadripartito de Alemania y de Berlín. A través de las etapas de la Bizonia (10 de enero de 1947) y de la Trizonia (7 de junio de 1947), los aliados reconocieron en poco tiempo la independencia de la República Federal Alemana (21 de septiembre de 1949; Estado soberano, 5 de mayo de 1955) y promovieron su rearme y su ingreso en la O.T.A.S. Los rusos, por su parte, crearon la República Democrática Alemana (11 de octubre de 1949; Estado soberano, 25 de marzo de 1954), sancionando también su rearme, en escala más modesta que el de la R.F.A. Las fuerzas de ocupación permanecieron en Berlín, pero la ciudad quedó dividida en dos partes completamente separadas, cada una con su propia administración y su propio alcalde. El Berlín oriental se convirtió en la capital de la R.D.A., mientras que los aliados, por temor de comprometer su posición legal en la ciudad ocupada, impidieron la incorporación del Berlín occidental a la R.F.A. En la práctica, sin embargo, tal como el Berlín oriental es elemento integrante de la R.D.A., así también el Berlín occidental toma parte activa en la vida política de la R.F.A. El primer presidente de la República de Bonn, Theodor Heuss, tomó posesión de su cargo en el Berlín occidental; allí se han celebrado varias sesiones del Bundestag federal, y su actual Burgmeister, Willy Brandt, es candidato del Partido Socialista al puesto de canciller federal de la R.F.A.

Este es el estado de cosas que existe en los dos Berlines

desde hace más de diez años, y cuyo cambio radical exige ahora la Unión Soviética.

EL PUNTO DE VISTA SOVIÉTICO

La Unión Soviética desea que la división de Alemania reciba una sanción jurídica, en forma de tratados de paz con los dos Estados alemanes, y una sanción internacional, en forma de un reconocimiento de la República Democrática Alemana. En Enclave berlinés simboliza el concepto de la reunificación de Alemania, y por eso el mantenimiento del *status quo* en Berlín constituye —desde el punto de vista de Moscú— un serio obstáculo para la realización de los objetivos rusos. Por lo tanto, la política de las periódicas crisis de Berlín tiene como finalidad la liquidación del enclave berlinés, como primer paso hacia un acuerdo negociado que sancione la división de Alemania y la existencia de la R.D.A. Moscú sostiene que sus demandas se basan en una realidad política, la cual impone —después de más de quince años— la firma de los tratados de paz con los dos Estados alemanes y la solución del problema de Berlín.

Los rusos no echan mano de argumentos jurídicos sino para refutar los derechos de Occidente a permanecer en Berlín. Moscú insiste en que el Occidente ha perdido estos derechos por “incumplimiento de los convenios de Potsdam”. “Las referencias de las Potencias Occidentales a los acuerdos aliados —dice la nota soviética de 18 de agosto de 1961 a los Estados Unidos— son injustificadas, puesto que esos acuerdos se tomaron sólo para el período de ocupación y para los fines de ocupación. En el curso de los últimos dieciséis años son muchas las cosas que han cambiado, entre ellas la propia Alemania. Dos Estados independientes se han creado en su territorio. Nadie tiene derecho a intervenir en los asuntos de estos Estados alemanes, subordinados como están a su poderío interno... Independientemente de que se reconozcan o no tales hechos, los hechos existen.”

Varias otras razones secundarias han contribuido indudablemente a la provocación de las peligrosas crisis de Berlín

por parte de la Unión Soviética. La más importante de esas razones secundarias es la fuerte presión que ejerce el gobierno comunista de la R.D.A. sobre Jruschov para que resuelva el problema de los refugiados de la Alemania oriental. No son difíciles de entender los motivos del líder comunista Ulbricht. Hasta la reciente clausura completa del Berlín oriental, por la "puerta de Berlín" pasaban cada semana cuatro mil refugiados a la República Federal. Desde la conclusión de la guerra, más de tres millones de alemanes se han refugiado en la Alemania occidental, pasando principalmente por esa "puerta de Berlín". La emigración clandestina ha constituido un plebiscito diario y una derrota diaria para la R.D.A.

Además, el contraste entre los dos Berlines —resultado de la tremenda prosperidad de que ha gozado la Alemania occidental en los últimos años— es una malísima propaganda, no tan sólo para el gobierno de Pankow, sino también para los demás regímenes comunistas de la Europa oriental, y para la misma Unión Soviética.

Dicho sea de paso, la emigración de la R.D.A. puso fin a la histórica "marcha al Este" (*Drang nach Osten*) del pueblo alemán, y es posible que haya resuelto el problema de las tierras alemanas incorporadas a Polonia. La población que emigra de la R.D.A. es una población alemana. Esta emigración es compensada parcialmente con una inmigración de polacos, checos, eslovacos y húngaros. En caso de continuar este proceso, los alemanes quedarían reducidos a una minoría en la población de la Alemania oriental. Irónicamente se puede decir que Adenauer y los demás alemanes, que no se han resignado a la pérdida de los territorios orientales, deberían ayudar a Walter Ulbricht a cerrar la "puerta de Berlín" para detener el proceso de desalemanización de la Alemania oriental. Claro está que, por muy obvias razones, el gobierno de Pankow no puede esperar semejante ayuda del Canciller de Bonn.

Puede ser que, entre los demás fines secundarios de las crisis de Berlín, se cuente el de poner a prueba la política norteamericana de contener todo avance soviético, y asimismo el de explotar las serias diferencias que existen en cuanto a la

política alemana entre Londres y París por un lado y Washington por el otro, para crear resentimientos entre los Estados Unidos y sus aliados europeos. Moscú tampoco pierde de vista que su victoria pacífica en Berlín provocaría una oleada de derrotismo en el Occidente y constituiría un duro golpe para la alianza militar de los aliados, es decir, para la O.T.A.S.

Pero, sobre todo, la Unión Soviética quiere mantener y sancionar la división de Alemania. Naturalmente, Moscú consentiría en la reunificación de Alemania si tuviera la garantía de que una Alemania reunificada sería una Alemania neutralista o comunista, esto es, si estuviera segura de que la reunificación pondría fin a la actual alianza de la mayor parte de Alemania con las Potencias Occidentales. La política alemana de la Unión Soviética cambiaría seguramente si se presentara la posibilidad de un entendimiento ruso-alemán. La doctrina bismarckiana del eje Moscú-Berlín sigue siendo válida para la Unión Soviética, y es más que probable que, a la larga, el entendimiento ruso-alemán constituya uno de los más importantes objetivos de la política soviética. Para la Unión Soviética, este entendimiento sería una garantía del *status quo* en la Europa Oriental. Para Alemania, significaría su hegemonía sobre la Europa occidental. Para Europa, una paz duradera, aunque de naturaleza indeseable. Claro está que no ha llegado el día en que se realice semejante entendimiento. Pero Adenauer abandonará la escena, y la nueva generación que gobierne a la Alemania occidental, y que se resignará más bien a la pérdida de Breslau que a la pérdida de Dresde y de Leipzig, puede sacar sus conclusiones del hecho indudable de que Rusia tiene la posibilidad de darle a Alemania todo lo que no pueden darle los Estados Unidos, a saber, la unificación, la hegemonía sobre la Europa occidental y posiblemente la recuperación de una parte de sus antiguas provincias orientales.

Baste lo dicho en cuanto a la posible política de la Unión Soviética a largo plazo. Por el momento, el mantenimiento de la división de Alemania sigue siendo el dogma de la política de Moscú. La eliminación del enclave berlinés es parte de esta política. La importancia que la Unión Soviética

atribuye a la consecución de ese objetivo se ve claramente por la dura táctica de que ha echado mano su gobierno. Esta política oscila entre ultimátumes y amenazas de guerra y la disposición a entablar negociaciones diplomáticas y otorgar garantías para el Berlín occidental, constituyéndola en “ciudad libre”. Es imposible que Moscú no se dé cuenta de que estas tácticas crean situaciones peligrosas fuera del control de quienes las promueven —situaciones que fácilmente pueden degenerar en un desastre universal.⁷

EL PUNTO DE VISTA DE OCCIDENTE: “PACTA SUNT SERVANDA”

Cuando nos encontramos en una situación anormal, pensamos cómo remediarla y tratamos de cambiarla. Si nuestro adversario, afectado asimismo por la situación anormal, sugiere soluciones que a nosotros no nos convienen, las rechazamos, pero no tratamos de justificar ese rechazo diciendo que tenemos derecho a mantener la situación anormal. No es posible estar de acuerdo con los métodos empleados por los rusos para cambiar la situación del Berlín occidental; pero tampoco es posible negar que se trata de una situación anormal. Es un secreto a voces que, en conversaciones privadas, el ex-presidente de los Estados Unidos, general Eisenhower, admitió la anomalía de la situación del Berlín occidental, y que el propio presidente Kennedy la ha calificado de “absurda”. Las Potencias Occidentales no pueden alegar el mérito de haber tomado la iniciativa para remediar y cambiar esa situación anormal y absurda. De ahí la insegura posición política del Occidente con respecto al problema de Berlín. A través de todas las crisis de Berlín, la política de las Potencias Occidentales ha sido una política de *pacta sunt servanda*, en otras palabras, una política encaminada a mantener, a base de fuertes argumentos jurídicos, la situación anormal del Berlín occidental. Desde la primera protesta (1948) contra las restricciones impuestas por los rusos en Berlín hasta contestación al memorándum de Viena, el Occidente se ha limitado a insistir en sus inalienables derechos de ocupación y de acceso a Berlín. Así, en las dos primeras notas de protesta dirigidas al comandante sovié-

tico de Berlín, el gobierno militar norteamericano de Alemania insistió sobre el derecho del Occidente a tener libre acceso a Berlín, derecho reconocido por los acuerdos interaliados.⁸ En las notas diplomáticas idénticas dirigidas al gobierno soviético en julio de 1948, los Estados Unidos, la Gran Bretaña y Francia afirman que su ocupación y libre acceso a Berlín “emana de un derecho establecido, resultante de la derrota y rendición incondicional de Alemania y confirmado por convenios formales entre los principales aliados”.⁹ En agosto del mismo año, en una conferencia con Stalin y Molotov, el embajador de los Estados Unidos declara oralmente que los tres gobiernos occidentales “tienen que volver a insistir en que sus derechos de permanecer en Berlín son absolutos e indiscutibles”.¹⁰ Trece años más tarde, la doctrina *pacta sunt servanda* es todavía la única respuesta que da el Occidente a la nueva crisis de Berlín. La contestación al memorándum de Viena es, una vez más, un alegato jurídico. Washington, Londres y París vuelven a afirmar que la situación legal vigente en Berlín es un resultado del acuerdo establecido entre las Cuatro Potencias y no puede nulificarse legalmente por la acción unilateral de la Unión Soviética.

Es cierto que el Occidente dispone de poderosos argumentos jurídicos.¹¹ Pero al haberse limitado, en el espacio de trece años, al uso de esos argumentos, sin ofrecer jamás sugerencias políticas constructivas, las Potencias Occidentales están negando, de hecho, la existencia misma del problema de Berlín. ¿Cuál es la razón de esta actitud? La respuesta más obvia es que reconocer la existencia del problema de Berlín significaría reconocer la existencia de la República Democrática Alemana, resignarse a la división permanente de Alemania y renunciar a su unificación. “El Berlín occidental —ha dicho hace algún tiempo el Burgmeister Willy Brand— es la única esperanza de la unificación.” ¿Existe una posibilidad o, por lo menos, una esperanza de la reunificación de Alemania? ¿Quiénes son los que desean sinceramente esta reunificación? La respuesta es que, dada la actual situación internacional, la unidad de Alemania es absolutamente imposible, y que, además, nadie la desea. La unificación no es posible porque

ni la Unión Soviética ni el Occidente (y muy en particular los Estados Unidos) están dispuestos a renunciar a las porciones de Alemania que tienen bajo su respectivo dominio.

Para que Rusia abandonara la Alemania oriental, los Estados Unidos tendrían que retirarse de la Alemania occidental y aceptar la unificación de Alemania como país neutralista. La solución es inadmisibile para Washington ante la posibilidad de que esa Alemania neutralista quedara comunizada tarde o temprano, y porque, debiendo forzosamente la R.F.A. retirarse de la alianza militar occidental, esto podría significar el derumbe de la O.T.A.S. A diferencia de los Estados Unidos, Europa no ha olvidado la última guerra. La Unión Soviética y los demás países de la Europa oriental temen a una Alemania reunificada, gran potencia industrial y militar de ochenta millones de habitantes. Inglaterra y Francia comparten ese temor. En la misma Alemania occidental de Adenauer, la reunificación goza de poca popularidad. Una Alemania neutralista tendría naturalmente que renunciar a sus antiguas provincias orientales, lo cual no está en los planes de Bonn. La Alemania occidental carece por el momento de conceptos políticos propios, y ve su futuro estrechamente vinculado al de los Estados Unidos. Por otra parte, el régimen de Adenauer está desempeñando un papel importantísimo en los movimientos unificadores de la Europa occidental. La reunificación pondría fin a la alianza con los Estados Unidos y eliminaría a Alemania de cualquier combinación de la comunidad atlántica europea. Quedan los Estados Unidos. Durante varios años, este país fue el único que realmente pensó en la reunificación de Alemania. Pues bien, últimamente incluso Washington se ha dado cuenta de que la reunificación es imposible, y contraria, además, a los intereses de los Estados Unidos. Así, pues, el concepto de la unificación de Alemania es una idea abandonada y anticuada. Negar este hecho sería obtuso e hipócrita.

Sin embargo, al paso que la Unión Soviética reclama el reconocimiento formal de la división de Alemania, los Estados Unidos continúan insistiendo en que la reunificación es la solución del problema alemán. En las declaraciones oficiales,

la Gran Bretaña y Francia siguen haciendo frente común con los Estados Unidos. Pero la prensa de esos dos países critica abiertamente la posición norteamericana y admite que entre los gobiernos de Londres y París y el de Washington existen serias diferencias de opinión en torno al problema de Alemania. A estas diferencias se debe el que las Potencias Occidentales hayan necesitado seis semanas para ponerse de acuerdo sobre la contestación al memorándum de Viena. Es probable que también a estas diferencias, o sea a la falta de un acuerdo entre las Potencias Occidentales acerca de la política alemana, se deba la oposición del presidente De Gaulle a una pronta conferencia para tratar el problema de Berlín.

¿A qué obedece esta complicada situación en el campo occidental? “Estamos en peligro —dijo Lord Home, ministro de Relaciones de la Gran Bretaña— de convertirnos en prisioneros de nuestras propias declaraciones y de una creciente rigidez de la cual nadie puede escaparse, y que posiblemente llevará al mundo a la guerra.” Comentando el discurso de Lord Home, *The Economist* agrega de su parte que el Occidente se está repitiendo en sus declaraciones, y cita la contestación norteamericana al memorándum de Viena, donde Washington declara que el gobierno de la Alemania oriental “no representa a este pueblo”, que la R.D.A. no puede considerarse como un Estado independiente y soberano, y que, en consecuencia, no se puede tratar con ese gobierno. El famoso semanario inglés concluye: “Hay muchas partes del mundo en que semejante doctrina pondría fin a la diplomacia. En Berlín, esta doctrina obliga al Occidente al uso de vagas amenazas para enfrentarse a una situación todavía nebulosa e hipotética”, y termina diciendo que las contestaciones occidentales al memorándum de Viena, sin haber empeorado las cosas, “han dejado un estado de ansiedad, porque el camino de las Potencias Occidentales, en momentos bien difíciles está oscurecido por la pleplejidad”.¹² La opinión europea encuentra su expresión en otro famoso semanario inglés, *The Manchester Guardian Weekly*. En un artículo intitulado “No initiative on Berlín”, la revista dice que es cierto que el problema de Berlín “es principalmente obra de Moscú”. “Pero el pro-

blema existe" —añade—, y las Potencias Occidentales carecen de proposiciones prácticas para resolverlo. Considerando la división de Alemania como un *fait accompli*, con o sin el reconocimiento de la R.D.A., el *Manchester Guardian* se declara "contra el legalismo como base exclusiva de la posición occidental".¹³

Por lo visto, las Potencias Occidentales, y sobre todo los Estados Unidos, están dispuestas finalmente a abandonar el "espléndido aislamiento" de una postura quizá inatacable en lo jurídico, pero muy vulnerable en lo político, y hablar un lenguaje más realista. En verdad, ya es tiempo de cambiar de lenguaje, porque, como dice tan atinadamente un historiador canadiense, "sería inútil pretender que los derechos legales pueden, a la larga, prevalecer sobre las realidades del poder".¹⁴

LA GUERRA O LA PAZ

La conferencia de los países neutralistas reunida en Belgrado llegó a la conclusión de que la crisis de Berlín y la reanudación de las pruebas nucleares por la Unión Soviética y parcialmente por los Estados Unidos, ponían al mundo ante el grave dilema de la guerra o la paz. Efectivamente, si ninguno de los dos bandos retrocede de su posición actual en el problema de Berlín, la humanidad se verá en peligro inminente de una catástrofe universal. Si nuestra generación ve la Tercera Guerra Mundial, esta guerra será el resultado de una trágica paradoja. La paradoja del problema de Berlín consiste en que los dos campos antagonistas desean en realidad una misma cosa: el mantenimiento del *status quo* en Alemania, o sea el mantenimiento de su división. Mientras la Unión Soviética considere que la liquidación del enclave berlinés es una condición indispensable para acabar con la ficción de la no existencia de la República Democrática Alemana como Estado, y para poder sancionar jurídicamente la división de Alemania, el Occidente —y de manera particular los Estados Unidos, quien niegan la existencia misma de la R.D.A.—, no puede tomar parte en el reconocimiento formal de la división de Alemania. El problema de Berlín constituye, pues, no sólo

una paradoja, sino también un círculo vicioso: para la Unión Soviética, en efecto, la división de Alemania es un hecho consumado y una realidad indiscutible, mientras que los Estados Unidos siguen insistiendo en que la solución del problema de Berlín es la unificación de Alemania, teniendo como capital a Berlín. Las medidas aplicadas por Moscú para lograr la deseada solución del problema de Berlín son medidas bélicas y no pacíficas. Pero la solución pacífica del problema de Berlín tampoco es posible sin que el campo occidental cambie su política alemana y deje de pretender que la República Democrática no existe. Seguir con esta pretensión significaría aceptar los riesgos de la guerra nuclear en defensa de una ficción.

¿Qué es lo que queda? Queda, claro está, la posibilidad de las negociaciones —preferiblemente, en estos peligrosos momentos, en forma de una conferencia en la cumbre o de una nueva entrevista personal entre el presidente Kennedy y el primer ministro Jrushov— y de un compromiso negociado. La posibilidad de las negociaciones existe. Las demandas que expresa la Unión Soviética en el memorándum de Viena no tienen la forma de un ultimátum. Posteriormente, en varias declaraciones y en sus pláticas con el primer ministro italiano, Amintore Fanfani, ha expresado Jrushov que la Unión Soviética está dispuesta a negociar con el Occidente acerca del problema de Berlín. También las Potencias Occidentales están dispuestas a discutir este problema, según lo han comunicado a la Unión Soviética en varias notas diplomáticas, y según lo han expresado sus hombres de estado en no pocas declaraciones públicas. Washington y Moscú mantienen un constante contacto diplomático respecto a la posibilidad de realizar las negociaciones sobre el problema de Berlín, y respecto a la forma, tiempo y lugar de tales negociaciones. Pero el punto clave no consiste, evidentemente, en convocar una conferencia ruso-occidental, sino en decidir qué asuntos discutiría esa conferencia para lograr una solución pacífica del problema de Berlín. En otras palabras, la cuestión fundamental es si existe o no una base de transacción que la conferencia pudiera explorar.

Así, la posibilidad de una solución pacífica del problema

de Berlín se reduce al logro de una transacción. ¿Existe o no existe la posibilidad de semejante transacción? ¿Habrá o no habrá guerra sobre Berlín? No se sabe hasta qué punto estaría dispuesta la Unión Soviética a revisar sus demandas, aunque sólo fuera para hacerlas más aceptables por parte del Occidente. No lo sabemos, porque las Potencias Occidentales nunca han hecho una contrapuesta política como réplica al memorándum de Viena, sino que se han limitado a la argumentación jurídica para conservar el *status quo* de Berlín. Pero no es imposible que, a cambio del reconocimiento de la R.D.A. —y, consiguientemente, de la división de Alemania—, la Unión Soviética esté dispuesta a resolver el caso de la ciudad misma de Berlín de una manera más aceptable para las Potencias Occidentales. Hay, sin embargo, una dificultad más que se opone al logro de una transacción a base de concesiones mutuas de esta naturaleza. Esa dificultad procede del temor que los Estados Unidos tienen a las consecuencias de una sanción jurídica de la división de Alemania. Washington teme lo que Moscú espera, a saber, que al desvanecerse la posibilidad de la unificación alemana, Berlín, cualquiera que sea su situación legal, quede absorbido, tarde o temprano, por la República Democrática Alemana.

Pero sobre todo, y en último análisis, la solución pacífica de este problema vital depende —fuera de tecnicismos, concesiones mutuas y complejos de prestigio— de la buena voluntad de las dos superpotencias para evitar la guerra. Si de ambos lados existe esa buena voluntad, el problema de Berlín encontrará alguna solución. El caso opuesto significaría la guerra.

NOTAS

¹ Entre el 1º y el 6 de septiembre tuvieron lugar cuatro explosiones atómicas en la Unión Soviética; la primera fue de alcance intermedio, o sea de una potencia de 100 a 500 kilotomos; las otras fueron de alcance menor. La bomba atómica de Hiroshima fue de 20 kilotomos. (Informe de la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos, según *The New York Times*.)

² "La administración del 'Gran Berlín' quedará a cargo de una

autoridad gubernativa interaliada, la cual estará subordinada a la Comisión de Control y estará constituida por los cuatro comandantes; cada uno de éstos actuará, por turno, como comandante en jefe. Los arreglos arriba descritos estarán en vigor durante el período de ocupación que siga a la rendición de Alemania, y durante el tiempo en que Alemania esté ejecutando los requisitos básicos de la rendición incondicional. Para los períodos posteriores, los arreglos se sujetarán a un acuerdo por separado."

("Documents on Rights in Germany", *New York Times*, 28 de agosto de 1961.)

³ El acuerdo final, relativo a la creación de la zona francesa de ocupación, se firmó el 26 de julio de 1945.

⁴ La "Autoridad Internacional para el Ruhr" se creó el 28 de abril de 1949. Los miembros de este organismo fueron los Estados Unidos, la Gran Bretaña, Francia, Benelux y la Alemania occidental. (The Department of State, *Germany 1947-1949*, pp. 331-344.)

⁵ Los gobiernos de Francia, del Reino Unido, de los Estados Unidos y de la U.R.S.S. han decidido tomar simultáneamente las siguientes medidas (sujetas para su práctica y cumplimiento, a los arreglos que hagan los cuatro gobernadores militares de Berlín):

"A) Quedarán abolidas las restricciones recientemente impuestas sobre comunicaciones, transportes y comercio entre Berlín y las zonas occidentales de Alemania, por una parte, y las zonas soviéticas, por otra.

"B) El marco alemán de la zona soviética se introducirá como única moneda circulante en Berlín, y en esta misma ciudad se retirará de la circulación el marco occidental 'B'."

(*Germany 1947-1949*, p. 211.)

⁶ "1º) Todas las restricciones impuestas desde el 1º de marzo de 1948 por el gobierno de la Unión Soviética sobre comunicaciones, transportes y comercio entre Berlín y la zona occidental de Alemania y entre la zona oriental y las zonas occidentales, quedarán suprimidas a partir del día 12 de mayo de 1949.

"2º) Todas las restricciones impuestas desde el 1º de marzo de 1948 por los gobiernos de Francia, el Reino Unido y los Estados Unidos, o por cualquiera de ellos, sobre comunicaciones, transportes y comercio entre Berlín y la zona oriental y entre la zona occidental y la oriental, quedarán suprimidas también el día 12 de mayo de 1949.

"3º) Once días después de haberse suprimido las restricciones mencionadas en los párrafos 1º y 2º, a saber, el día 23 de mayo de 1949, se reunirá en París el Consejo de los Ministros de Relaciones Exteriores para considerar las cuestiones relativas a Alemania y los problemas resultantes de la situación de Berlín, incluyendo entre estos problemas el de la moneda circulante en Berlín."

("Documents on Rights in Germany", *New York Times*, 28 de agosto de 1961.)

7 Así lo advirtió el general De Gaulle en una conferencia de prensa (París, 5 de septiembre de 1961).

8 Carta del general Gailey, jefe del Estado Mayor del gobierno militar norteamericano en Alemania, al general Dratvin, comandante soviético de Berlín, 31 de marzo de 1948. (*Germany 1947-1949, op. cit.*, p. 202.)

9 Notas idénticas dirigidas a la Unión Soviética por los Estados Unidos, la Gran Bretaña y Francia. (*Germany 1947-1949*, p. 205.)

10 Exposición oral del embajador norteamericano a Stalin, 2 de agosto de 1948. (*Germany 1947-1949*, p. 210.)

11 'Los derechos de ocupación de Berlín por parte de los aliados son inatacables, excepto por lo que se refiere al acceso a la ciudad.' (Karl Loewenstein, "The Allied Presence in Berlin: Legal Basis", *Foreign Policy Bulletin*, voi. 38, N^o 11, February 15, 1959, pp. 81-84.)

12 *The Economist*, 22 de julio de 1961, p. 322.

13 *Manchester Guardian Weekly*, 20 de julio de 1961, p. 1.

14 Robert Spencer, *The Berlin Dilemma*, J. M. Dent & Sons Ltd., London, Toronto, p. 149.